

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL ÁRBOL SOBRE EL RÍO
LA NUEVA JERUSALÉN – LA REENCARNACIÓN
Sèvres, 7 de febrero de 1942

"Y me mostró un río de agua de vida, como de cristal, que manaba del trono de Dios y del cordero. En medio de la plaza de la ciudad, y en las dos orillas del río había un árbol de vida que producía doce frutos, dando cada mes su fruto, y cuyas hojas servían para la curación de las naciones. Allí no habrá jamás maldición ninguna, sino que Dios y el cordero tendrán su trono en ella, y sus siervos le servirán y verán su faz, y su nombre, estará en sus frentes. Y allí no habrá jamás noche, y no necesitarán lámpara ni luz, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos.*

Y me dijo: Estas palabras son ciertas y verdaderas: y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas ha enviado a su ángel para mostrar a sus servidores las cosas que deben suceder pronto. ¡Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro!"

Apocalipsis 22: 1 – 7

Estos versículos que acabo de leeros contienen dos imágenes: la del río que mana del trono de Dios, y la del árbol que produce frutos doce veces. Vamos a ocuparnos hoy de estas dos imágenes.

Todos habéis visto ríos, pero muy pocos de vosotros se han parado a reflexionar sobre las correspondencias que existen entre un río y nuestra existencia. Basta sólo con la imagen del río para encontrar la solución de todos nuestros problemas; sí, pero para eso hay que saber mirar todas las manifestaciones de la naturaleza de forma que podamos relacionarlas, vivificarlas, y considerarlas como un sistema organizado en el que cada detalle tiene su significado.

El río es un símbolo de la vida. La fuente del río se encuentra en la

montaña. La fuente está siempre en las alturas. Un río conecta una montaña con un mar, con un océano o un lago; dicho de otra manera, lo que está más alto con lo que está más bajo. Es un intermediario entre los mares y las montañas. Las montañas son el símbolo de la inteligencia, de la razón, de lo que está más arriba, de lo más puro. Los océanos son el símbolo de los sentimientos, del corazón, de las profundidades del subconsciente. Los ríos conectan, pues, la razón con el corazón. Pueden ser largos o cortos, anchos o estrechos, rectos o sinuosos, límpidos o turbios, todo esto no son más que detalles secundarios que aportan precisiones sobre la vida personal. Donde fluye un río se instala una cultura, porque los ríos aportan la vida. Donde no existe agua, tampoco existe vida. Si estudiáis la historia, constataréis que en todos los sitios donde hubo grandes ríos florecieron también grandes civilizaciones. En cambio, cuando desaparecen los ríos, desaparecen también las civilizaciones.

En nuestro cuerpo también encontramos los ríos en las arterias y las venas. Si éstas son demasiado frágiles, o están obstruidas, la sangre circula mal y el hombre pierde la vida poco a poco. Volvemos a encontrar los ríos en las líneas de la mano, con su trazado ancho o estrecho, recto o sinuoso, continuo o interrumpido, y cada una de estas particularidades corresponde a una particularidad en la vida del hombre.

En un paisaje puede haber dos ríos que fluyan uno al lado del otro, y que, después, se crucen, se separen y vuelvan a juntarse más lejos... También puede haber obstáculos con los que el río se encuentre. Cuando miráis las líneas de la mano, podéis extraer de éstas muchas informaciones, si antes habéis observado los ríos, porque, si no, no comprenderéis nada de estas líneas. Muchas explicaciones que da la quiromancia o, digamos, la quirología, no corresponden a lo que nos enseña la naturaleza. Para corregirlas, hay que observar la naturaleza, porque todo lo que ocurre en la naturaleza ocurre también en nosotros. Por eso los verdaderos alquimistas han dicho siempre que hay que observar cómo trabaja la naturaleza.

Los ríos nos ayudarán también a comprender ciertas cuestiones esenciales del destino. Me han preguntado a menudo: "¿Por qué una raza, una nación, vive catástrofes colectivas? ¿Por qué un pueblo es perseguido sin cesar y obligado a sufrir?" Cuando se observan las cosas superficialmente, parece que no hay ninguna justicia. ¿Por qué un pueblo es condenado a sufrir? ¿Por qué, durante un cierto periodo, caen las desgracias en un cierto lugar y no en otra parte? Esta cuestión es un poco delicada, pero os diré lo que enseña la Ciencia iniciática a este respecto. Tomemos el

ejemplo de Bulgaria: durante 5 siglos sufrió bajo la dominación de los turcos y, después de la guerra de 1914, fue desmembrada, en parte, en provecho de otras naciones. ¿Por qué este país debía padecer sufrimientos que los otros países no conocieron? Los búlgaros son un pueblo trabajador, religioso, bueno, que no hacía daño a nadie. ¿Por qué la Justicia cósmica ha sido tan severa con él? Esto es todavía más cierto para el pueblo judío, que ha sido perseguido sin cesar en el mundo entero desde hace siglos y siglos.

¿Qué respuesta, pues, nos da el río con respecto a todos estos pueblos que sufren? Nos dice: "Observadme, me llamo Támesis, Sena, Danubio, Nilo, Amazonas... Conservo siempre el mismo nombre, pero nunca soy el mismo, porque el agua que fluye nunca es la misma. Ni las orillas tampoco, porque cambian sin cesar" Para no vejar a ningún país, continuaré tomando a Bulgaria como ejemplo. Su nombre ha seguido siendo el mismo a través de los siglos, pero el agua que fluye en Bulgaria (es decir, los hombres que se han encarnado en este país) no son los mismos. Cambian continuamente. El nombre del país es el mismo, pero los habitantes han cambiado. Los que vivían en Bulgaria antes de la dominación de los turcos eran buenos, magníficos, y por eso no sufrieron. Los que sufrieron 5 siglos bajo la dominación de los turcos representan un agua que venía de otra parte ¿De dónde? De muy lejos: de Francia, de Inglaterra, de Alemania, etc., e incluso de otros continentes. Cuando volvieron a la Tierra, todos los hombres de estos países que fueron duros, injustos, malvados, tuvieron que ir a encarnarse en Bulgaria para sufrir, porque este país, durante un cierto tiempo, había sido transformado en correccional. Los hombres malvados de todos los países vinieron entonces a Bulgaria. Y, puesto que Francia era un país de belleza, de felicidad, de abundancia, los buenos búlgaros vinieron a encarnarse aquí, para gozar un poco de esta felicidad.

Esta explicación es absolutamente verídica, aunque, en realidad, no todos los que sufren lo hacen obligatoriamente en castigo de una falta. Hay casos muy diferentes. Algunos se encarnan voluntariamente en pueblos desgraciados para ayudarles, para hacer sacrificios; comparten los sufrimientos de este pueblo, no porque sean culpables, sino porque han venido a ayudar a sus hermanos a salir de sus condiciones dolorosas. Por eso, en las familias también, a veces, nacen niños que no se parecen para nada a sus padres o a sus hermanos y hermanas, que son apagados y toscos. Hay, a menudo, espíritus que descienden voluntariamente en las familias, en las naciones, para ayudarles a elevarse. Como estos espíritus tienen necesidad de evolucionar más, y saben que no pueden hacerlo sin pasar por grandes sufrimientos, escogen encarnarse en unas condiciones difíciles.

¿Cómo distinguir entre aquéllos que se sacrifican y aquéllos que sufren como castigo de sus faltas? Existe un medio de distinguirlo. Todos aquéllos que se rebelan contra su suerte, que nunca quieren comprender o aceptar su situación, hicieron, en el pasado, tonterías que ahora deben corregir y pagar, a pesar suyo. Pero el que no se rebela, el que está dispuesto a seguir soportándolo todo con más ánimo y paciencia todavía, éste ha descendido para ayudar a los demás. Jesús sufrió, aunque no tuviese ninguna deuda que pagar Decía: "Viene el príncipe de este mundo, pero no tiene nada en mí que le pertenezca" Ahora, el príncipe de este mundo se presenta en todas partes y, si encuentra en los hombres cosas que le pertenecen, es decir, que son de la misma naturaleza que la suya, se pagará a sí mismo. No debemos tener en nosotros pensamientos, codicias, cálculos y deseos de los que él sea propietario, porque, si no, vendrá para recuperarlos, para absorberlos, puesto que es su dueño. Nuestro trabajo, pues, es liberarnos de todo aquello que le pertenece, para que, cuando venga, no encuentre nada que tomar en nosotros.

El río desciende de una alta montaña, límpido, claro, puro. Al descender, se ensucia, porque los hombres se lavan en él, echan en él sus basuras, dan de beber en él a su ganado... Pero el río dice: "Desciendo con mucha alegría a los valles para apagar la sed de los hombres, para regar sus campos y sus jardines. No tengo miedo de que me ensucien, porque el Sol me purificará: me calentará y subiré de nuevo a la montaña." El río se purifica continuamente. Y, lo mismo que el río, aquél que ha venido hacia los hombres para ayudarles no se queja nunca de los sufrimientos que debe soportar; a pesar de los acontecimientos, no abandona sus ideas luminosas. Por eso, si le ensucian, o incluso si le cortan en pedazos, siempre será de nuevo lavado, reconstituido, purificado.

Todos los habitantes de las naciones expuestas a sufrir sufren por sus pecados antiguos o por sacrificio. Los franceses actuales no son los mismos que los de Francia de antaño. En Francia se han encarnado ingleses, alemanes, rusos, y hasta asiáticos y africanos. Los franceses de antaño están en otra parte. ¿Por qué hay estas sustituciones? Son viajes necesarios. Cada espíritu viaja para perfeccionarse e instruirse; cada uno se encarna sucesivamente en varios países. Por eso, las ideas de separación entre los pueblos no descansan sobre ninguna base sólida. Decís: "Seguimos teniendo tal río". Es el nombre lo que se conserva, porque, ¿cómo hacéis para conservar la misma agua? El agua fluye, se ríe de vuestras opiniones. ¿Cómo vais a poder conservar el espíritu, embotellarlo? Él se ríe de vuestras teorías.

Considerad también el caso de que quieran matar a alguien para desembarazarse de él. En ese momento, este ser sale de su cuerpo físico y vuelve por otro lado. El espíritu del hombre viaja por todas partes, y no puede ser aniquilado. Son los hombres los que crean artificialmente separaciones entre los pueblos. Son puntos de vista pasajeros de los que, un día, no quedará nada. Nadie tiene razón, ni los búlgaros, ni los franceses, ni los ingleses, ni los rusos, ni los alemanes, ni ningún pueblo. Únicamente tiene razón el que trabaja para la paz en el mundo, para el Reino de Dios en la Tierra. Todos los pueblos se equivocan cuando trabajan solamente para sí mismos; éstas son unas metas limitadas, minúsculas. Es necesario que todos los pueblos empiecen a trabajar para que el mundo entero forme una gran familia. Aunque los demás les combatan, la Tierra, las aguas, el Sol, les dan la razón.

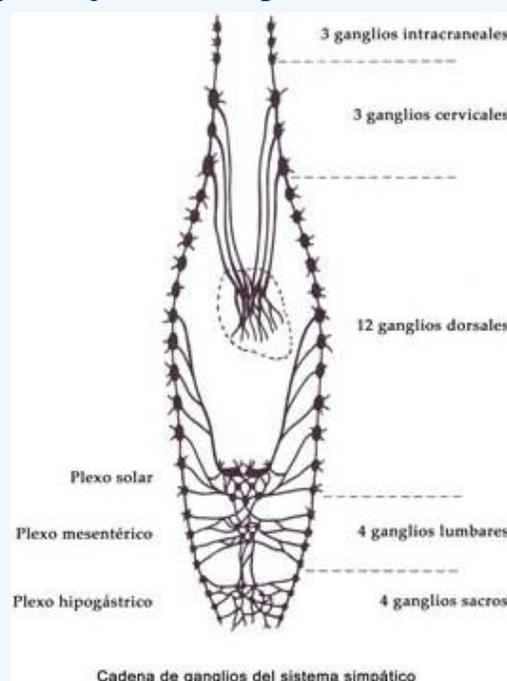
Permaneceremos en la Tierra hasta que la filosofía de la separación, de la división, de la destrucción, desaparezca.

Esto es lo que quería decirlos a propósito de la imagen del río.

La Ciudad celeste, la nueva Jerusalén.

Ahora, os diré unas palabras concernientes a la imagen del árbol. Evidentemente, habéis debido encontrar que los detalles que da San Juan sobre este árbol son un poco extravagantes: "En medio de la plaza de la ciudad, * y en las dos orillas del río, había un árbol de vida que producía doce frutos, dando cada mes su fruto, y cuyas hojas servían para la curación de las naciones". ¿Cómo es posible que el árbol se encuentre en las dos orillas del río? Si comprendemos las cosas literalmente, eso no tiene ningún sentido. Este árbol también es un símbolo; existe en nosotros, y el río también fluye en nosotros.

En realidad, nosotros somos la ciudad, en el centro de esta ciudad - el plexo solar - fluye un río con un árbol de vida en sus orillas que da 12 frutos cada año. Os acordáis de que ya os hablé de la cadena de ganglios del sistema simpático: 4 pares de ganglios sacros, 4 pares de ganglios lumbares, 12 pares de

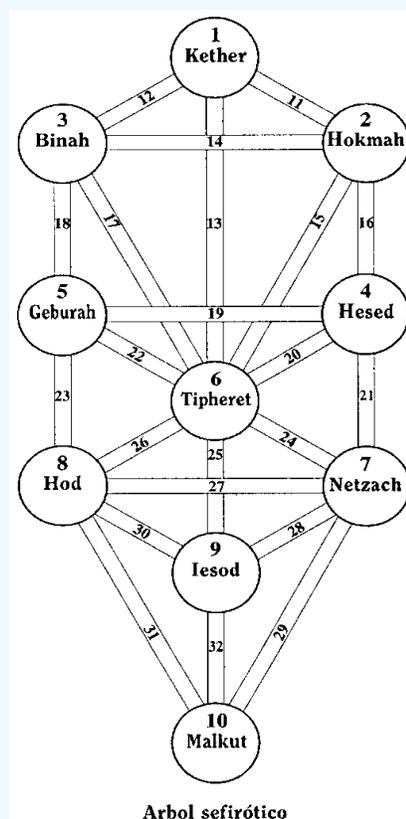


ganglios dorsales, 3 pares de ganglios cervicales y 3 pares de ganglios craneanos. El hombre, pues, es la ciudad, con un centro, el plexo solar, que representa, al mismo tiempo, el árbol en las dos orillas del río y el río mismo, esta fuerza, esta vitalidad que circula en el plexo solar en el que desembocan los 12 pares de nervios y de ganglios dorsales: 12 ramas que producen 12 frutos.

Veamos ahora las propiedades de estos frutos.

El primer fruto vuelve al hombre activo, dinámico y decidido. El segundo le da una gran sensibilidad, mucha gentileza y bondad. El tercero le impulsa hacia el conocimiento y le incita a ir por todas partes, a tocarlo todo, a viajar. El cuarto le da una gran mediumnidad para captar las ondas y las presencias más sutiles. El quinto inspira una gran nobleza y el valor para ayudar y salvar a los demás. El sexto purifica y limpia. El séptimo da la posibilidad de unirse a la Causa divina y restablecer en uno mismo el equilibrio cósmico. El octavo hace comprender el sentido de la vida y de la muerte. El noveno permite desdoblarse, abandonar el cuerpo físico y viajar por el espacio. El décimo inspira el poder, la autoridad para dominar a los demás y dominarse a sí mismo. El undécimo da mucho encanto y la posibilidad de atraer amigos a nuestro alrededor. El duodécimo nos impulsa a hacer renunciaciones y a soportar el sufrimiento e incluso a ver su buen lado y alegrarnos por él.

Éstas son las cualidades de los frutos de este Árbol de Vida, que no es otra cosa que el Árbol sefirótico del que habla la Cábala, con los Séfirots Kether. Hochmah. Binah. Hesed, Geburah. Tiphereth. Netzah. Hod, Iesod, Malkuth. Kether, es la semilla que contiene todas las posibilidades del árbol; la semilla que se divide (Hochmah) para dejar salir el pequeño tallo, Binah; el tronco, Hesed; las ramas, Geburah; los brotes, Tiphereth; las hojas, Netzah; las flores, Hod; el fruto, Iesod; y Malkuth. la simiente que plantamos en tierra y que dará un nuevo árbol. Comprenderéis ahora por qué Cristo comparó el Reino de Dios, Malkuth. con un grano de mostaza, que es minúsculo, pero que se convierte en un árbol en el que vienen a resguardarse los pájaros.



San Juan dice que las hojas del árbol servían para la curación de las naciones. Así que, ¿veis?, no sólo los frutos del árbol hacían milagros, sino también las hojas; y las raíces, aunque San Juan no haya hablado de ellas.

Estas dos imágenes del árbol y del río representan la sabiduría y el amor. El árbol es la sabiduría y el río es el amor. Cuando veáis fluir un río, debéis saber que este río representa el amor, la vida que fluye. Cuando veáis un árbol, debéis saber también que representa la sabiduría. Ambos se encuentran en la ciudad, en la Nueva Jerusalén (el hombre nuevo, inspirado por la Nueva Enseñanza) que desciende del Cielo. No creáis que lo que un día descienda del Cielo vaya a ser una verdadera ciudad, con sus doce puertas y sus cimientos adornados de piedras preciosas. ¿Qué cable podría hacer bajar una ciudad así?

La Nueva Jerusalén es el hombre que recibe la Nueva Enseñanza. En esta Nueva Jerusalén fluye un río, el amor de Dios, y hay un árbol que se encuentra en las dos orillas del río, porque el saber, la sabiduría, posee dos bases. Por eso el amor pasa bajo este árbol. La sabiduría lo abarca todo y está en el exterior, es el continente, mientras que el amor es el contenido que fluye. Por eso, en este símbolo, la sabiduría está fuera del río. El amor y la sabiduría están ahí, y la ciudad representa el hombre, pero también la Enseñanza que posee el árbol y el río, la sabiduría y el amor. En esta Enseñanza, en esta fraternidad que debe representar el Reino de Dios, la Nueva Jerusalén, hay un río, el amor, y un árbol, la sabiduría. Cuando el amor y la sabiduría reinen en esta fraternidad que debe representar un día el mundo, será el Reino de Dios. Ya no habrá noche, ya no habrá necesidad de luz exterior, porque la luz se encontrará dentro de cada uno.

Existen un gran número de fraternidades, de comunidades, de monasterios, pero no han logrado realizar el Reino de Dios. ¿Por qué? Porque el amor y la sabiduría eran solamente para algunas personas. Mientras que, ahora, es preciso que el amor y la sabiduría sean para el mundo entero: una fraternidad universal. Hay que vivir para esta idea, hay que llegar a ser modelos, ejemplos vivos, ¡y no sólo pensar en salvar cada cual su alma! Cristo dijo: "Vengo pronto." Sí, viene, pero ¿cuándo vendrá? Hace ya 2000 años que dijo eso. ¿Acaso nos engañó? No, todo lo que dijo se cumplió. Ya vino, pero en el corazón y el alma de algunos. Ahora debe venir para toda la humanidad, cuando ésta acepte la Enseñanza del Amor, de la Sabiduría y de la Verdad.

Para terminar, os diré que esta guerra acabará, claro, que las

condiciones mejorarán, pero que, si no se ha sacado de esta guerra una conclusión de sabiduría, estallarán otras, aún más terribles y devastadoras. Sólo la propagación de esta filosofía, de esta Enseñanza, puede salvar a la humanidad: que todas las naciones formen una gran Fraternidad Universal, que se tiendan la mano para vivir en la paz y en la abundancia. Ahí es donde se encuentran la felicidad, el florecimiento y el verdadero progreso de la humanidad.

Que la luz del Señor esté con vosotros.

* * *

